

su salida a las novias con los pitidos de las máquinas, de modulaciones convenidas y ellas estaban al acecho para verlos de cruzar o salirles al encuentro. ¡Qué momentos!. Todo ha cambiado su sonoridad y nadie sería capaz de distinguir los ruidos de la siesta de los de la madrugada o los del atardecer y los que hace cada vecino según la hora y sus menesteres.

El turbión de la vida hizo brotar aquel cantar que decía:

“Alcázar ya no es Alcázar
que es un segundo Madrid,
¿Quién ha visto por Alcázar
pasar el ferrocarril?”

Deberá cambiarse por otro parecido:

Alcázar ya no es Alcázar
y Madrid ya no es Madrid.
Pues entonces ¿qué nos pasa
o qué es lo que queda aquí?.

Teresa Arias Blanco, descendiente de esta gran familia, nos ha ayudado a reconstruirla y fijarla en los anales alcazareños, por lo que le debemos gratitud, como a María Justo por la magnífica fotografía de la Florentina, de tan grata memoria.

SUCEDIDOS

Recordados por Francisco López García, antiguo colaborador del Ferrocarril y muy conocedor del entronque Alcázar-Madrid.

Entre ellos nos cuenta alguna cosilla importante que suele escapar a la observación de los que no se fijan, como la agudeza de los analfabetos, al referirnos que la Antonia de Zarco, que no sabía de cuentas, se ajustaba al céntimo y al minuto lo que le importaban las uvas. El caso de la Antonia se podría, y se puede multiplicar por mil en toda la comarca, pues los analfabetos que no distinguen de letra inglesa o gótica, de la letra menuda suelen saber más que nadie, como los chicos del Porcarizo que son más listos que el hambre y cualquiera lo puede comprobar en lo que queda de aquellos que no saben el sistema métrico pero cuentan con los dedos con una precisión y una prontitud admirables. La necesidad y el hábito les dan recursos para todo y por lo general con más agudeza que al leído, a veces aún coincidiendo con la idiotez, que es el caso peor, ser ignorante y además tonto.

A muchos parece que con la enseñanza embutida se les obstruyen los sentidos y seguro que la Antonia que tanto conocía y estimé, se daba cuenta, pues antes que los corredores acabaran de medir ya tenía ajustado de cabeza el resultado de la bodeguilla y Manuel tan conforme y tan rebién amparado.

A una de la Carrasola se le murió una chica muy espabilada y una del entierro le preguntó de qué se había muerto.

—Pues ná, hija, que no alcanzaba a la cazuela.